5

LA MISION DEL MÉDICO
EN EL DIA.

DISCURSO INAUGURAL

QUE

EN LA SESION PÚBLICA CELEBRADA

POR

LA ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
DE BARCELONA

el dia 2 de enero de 1861

LEYÓ

EL Dr. D. JUAN RAMON CAMPANER,

Sócio de número de dicha Corporacion,
Correspounsal de la de Palma de Mallorca y de la Real Sociedad Económica de Amigos del Pais
de la misma ciudad, etc.

M. I. S.

Señores:

Cada siglo tiene su fisonomía particular, cada siglo tiene en sus triunfos, en sus conquistas, en sus adelantos algo de peculiar y característico que le distingue de los otros, asi como tambien son propias y peculiares sus miserias, sus llagas, sus vicios, su corrupcion. Decir que todas las épocas se parecen porque los hombres son y han sido siempre los mismos, es una vulgaridad que no se resiste al mas ligero exámen, y cuya inexactitud se encarga de demostrar la historia de todas las naciones.

No: los siglos no solamente no se parecen, sino que cada uno tiene un carácter particular y distintivo: y el carácter del siglo influye de tal modo en las costumbres y en las buenas y malas cualidades de la época,

que sin estudiarle atentamente, no es fácil darse razon de ellas, ni distinguir la mutua conexion y dependencia en que constantemente se encuentran; ni la diferencia que tanto en su naturaleza como en su intensidad presentan.

Es cierto, por ejemplo, que siempre ha habido males y que la Medicina ha tratado constantemente de combatirlos; pero, ¿quién duda que estos males se han ido modificando hasta tomar en cada época un carácter distinto?

A nadie se oculta que si se forman nuevos hábitos, nuevas costumbres y aun nuevas preocupaciones en los pueblos; el nuevo rumbo que se imprime á las ideas desarrolla no solo nuevas aspiraciones y nuevas tendencias, sino tambien necesidades nuevas, á las que no son extraños hasta los mismos adelantos reales y positivos de la época. Cuando estas aspiraciones, estas tendencias, estas necesidades no pueden ser legitimamente satisfechas, producen males, que si no se atacan con energía, van minando paulatinamente el órden social.

Estos males no siempre son fáciles de descubrir. A veces el exterior halagüeño de una época alucina al que superficialmente examina las cosas; pero las apariencias nada pueden con el que armado con la antorcha de la ciencia, profundiza hasta los últimos escondrijos de la sociedad. ¡Cuántas miserias encontrará tal vez donde al parecer solo reinaban el bien estar y la dicha!

Buscarlas para oponerse á ellas es lo que ha hecho siempre la Medicina: los mayores intereses del hombre en la tierra, la salud y la vida, le están confiados:

y solo dando á conocer cuanto pueda comprometerlos, y el camino que hemos de seguir para conservarlos podrá cumplir dignamente su mision.

Pero si esta mision impone al médico deberes imperiosos en toda época, no le dispensará seguramente de ellos en la actual, en que las necesidades son mas apremiantes que nunca. No: el médico no puede ser espectador indiferente de la revolucion general de costumbres que estamos presenciando, ni de los males que por su causa ó á su sombra se van desarrollando. Esta revolucion, esta transformacion se ha extendido á todas las clases, sin que ninguna se haya substraido hasta ahora á la influencia del siglo: calcule cualquiera si esto se habrá logrado sin sacudimientos enormes. No se extrañe, pues, que me hayan llamado mucho la atencion las necesidades del dia; y que insiguiendo las ideas del digno consocio y amigo que en el año último hizo oir en este mismo sitio su elocuente voz, me proponga averiguar no solo en qué consisten estas necesidades, sino tambien de qué modo lograremos remediarlas. Obligacion es del médico en el dia ver de evitar que influya perniciosamente en el estado sanitario de los pueblos el nuevo órden de cosas que da carácter á nuestra época, y que forma por decirlo así su fisonomía particular.

A la sola enunciacion de esta idea, verá cualquiera materia no solo para un discurso, sino tambien para muchos volúmenes: y efectivamente, el gran defecto del asunto que he escogido es su mucha extension. Pero yo no tengo la pretension de presentar aquí una obra completa. Los desvelos de esta corporacion se dirigen constantemente á la salud y bienestar de nues-

tros semejantes, y con preferencia por reglamento, al estudio de los males de la época, que ella ve mejor que nadie por estar colocada á mayor altura; de modo que con mi humilde trabajo no hago mas que abrir el camino á otros mucho mas importantes que llevarán á cabo mis dignisimos consocios durante el año académico que hoy empieza. No se extrañe, pues, que me limite á meras indicaciones, ya que otra cosa seria ajena de un discurso como el presente.

Se comprenderá tambien, que, en materia semejante, no solo tendré que hablar como médico, sino tambien como moralista. ¿Es por ventura fácil el separar al hombre físico del hombre moral? La perfeccion física y la perfeccion moral están tan estrechamente unidas como el cuerpo y el alma: nacen de las mismas fuentes, y confundiéndose íntimamente producen por su union la perfeccion de la naturaleza humana. (a) Feliz pues, si realzando el valor de las verdades morales, doy á conocer indirectamente, que el destino del hombre aquí bajo está calculado con relacion á un destino superior; y que, como la humanidad sin cultura moral está sin cesar en contradiccion con su propia naturaleza, la perfeccion física debe estar siempre basada en la perfeccion moral.

Para conocer la naturaleza y la extension de las necesidades actuales es preciso remontarnos á su orígen y dar una mirada rápida á lo que se llama el estado de nuestra civilizacion, de la que directa ó indirectamente dependen.

(a) Hufeland. Macrobiotica.

Este siglo tiene una vida propia, hierve en todas partes una ambicion nueva, se han concebido esperanzas insensatas y los desengaños que las siguen engendran males de una trascendencia inmensa. Por poco que examinemos cuál es la fuerza incomensurable que está produciendo esta gran revolucion, pronto la encontraremos en el desarrollo que ha dado á las fuerzas físicas y materiales la actividad humana en nuestros dias; en el dominio siempre creciente que así va adquiriendo la inteligencia sobre la naturaleza física; la vereis en la materia perfeccionada por el hombre y que el hombre emplea en su servicio: en una palabra; esta fuerza es la marcha progresiva de la industria aplicada, de dia en dia, á todas las necesidades de la vida.

El dominio de la industria en las sociedades modernas es un hecho que no admite discusion. Entrad en las ciudades, salid á los campos, penetrad en las entrañas de la tierra y por todas partes palpareis el poder y el imperio de la industria.

Ved ese hilo metálico que como un mensagero inteligente lleva de pueblo á pueblo, de nacion á nacion, el pensamiento humano con la rapidez de la sensacion. Ved esa locomotora que mas rápida que el viento, traslada por esa red de hierro desparramada por el mundo, poblaciones enteras á distancias enormes, que antes solo lograba salvar una voluntad decidida. Ved ese bosque de chimeneas, respiraderos de tantos focos, en que la inmensa fuerza del vapor, elabora con una rapidez y un primor que rayan en lo fabuloso, las mil materias que demandan la necesidad ó el capricho. Ved en el vecino puerto esos navíos

emancipados del viento, prontos á marchar por sí mismos, en tiempos y horas fijas, á las extremidades del Océano. Recorred por la noche la ciudad iluminada por el sorprendente resplandor del gas, ostentando en mil aparadores ese oro, esas pedrerías, esas telas y tanto y tanto primor que admira aun á los que cada dia las contemplan.

Y si esto no es bastante, y no os satisface tampoco la muestra que de nuestros adelantos industriales ha dado esta ciudad, en la sorprendente aunque improvisada Exposicion del campo de Marte, (a) trasladaos conmigo al palacio de cristal ó al de la Industria, á una de esas grandes citas á que han comparecido todas las invenciones del género humano, y en donde bajo todas las formas, se han presentado á la vista del universo los milagros de la materia perfeccionada. Enumerad si podeis tantos diamantes, tantas piedras y metales preciosos, tantos bordados, tanta sedería, tanto lienzo, tonto encaje: esos espejos colosales de Govain, esas armas entalladas de Vizcaya, esos tapices de los Gobelinos, esos tejidos, esas locomotoras, esa inmensa maquinaria, ese infinito número de instrumentos de todas clases, esos delicadísimos trabajos bajo todas las formas imaginables, para todos los usos, para todas las condiciones, para todas las fortunas; y entonces bajo la impresion aterradora de tantas maravillas, ardiendo vuestra cabeza, henchido de entusiasmo vuestro corazon, comprenderéis lo que es en el dia la industria, comprenderéis su poderio.

(a) Exposicion de la Industria que improvisó Barcelona con motivo de la venida de SS. MM. en setiembre último.

El cambio que ella ha producido es á primera vista muy lisonjero, y los felices del siglo tal vez lo piensan así. Efectivamente ¿quién duda de que se ha introducido cierto bien estar en algunas clases de nuestra sociedad, y de que muchos productos están ahora al alcance de todas las fortunas; que hay quien viste un paño mas sedoso, y quien puede presentar una mesa mas delicada, un ajuar mas lujoso y una habitacion mas esplendida y mas cómoda, ó, como ahora se dice, usando de una palabra extranjera, en que la elegancia y el *confort* hayan desplegado todo el refinamiento moderno? pero el médico no se contenta con esto si vislumbra mas allá una realidad harto mas triste.

En medio de tantas apariencias halagueñas ¿de dónde nace esta inquietud, esta inseguridad, este mal estar que aqueja profundamente á la sociedad actual? ¿De dónde han salido estas generaciones raquíticas, estas dolencias sin cuento, esta decrepitud prematura?

No: á los ojos de la ciencia no es la nacion mas sana ni la mas feliz la que cuenta mas ferro-carriles, mas buques de vapor, mas telégrafos, mas gas; ni la que tiene una industria mas productiva, ni un comercio mas activo, ni un capital mas sólido, ni un banco mas rico, ni unas especulaciones mas atrevidas; ni lo es el pueblo que entregado á una vida sibarítica, puede llegar en lujo y placeres á regiones desconocidas de los demás pueblos. Digan lo que quieran los economistas, el médico tiene otra balanza, y para él son de algun valor los tristes cuadros estadísticos que presentan las naciones que, segun se dice, nos preceden en la senda de la civilizacion.

No se crea con todo, que el médico sea enemigo del desarrollo de la industria. ¿Y por qué lo ha de ser si él mismo ha contribuido muchísimo á todos los adelantos de la época? ¿En qué puede afectar por otra parte á la salud, el que la fuerza bruta se sustituya al brazo del trabajador, ni que las distancias se acorten, ni que las operaciones se faciliten, ni que el hombre encuentre en su alrededor todos los elementos de conservacion? El dominio de la inteligencia sobre la materia no es un mal en sí, y por lo mismo el médico no rechaza ni puede rechazar el progreso material; lamenta sí, que á su sombra se desarrollen otros males, que no dándole mejor direccion se le sacrifiquen los elementos de vida y civilizacion, la salud, la cultura del espíritu, la educacion moral: y lamenta sobre todo la decadencia progresiva del espíritu de familia á la que no es extraña tal vez aquella influencia, decadencia que tanto se nota en nuestros dias y que tan funesta ha de ser á la sociedad.

Cuanto haya sido ya el acrecentamiento de estos males, lo dará á conocer una rápida ojeada á algunas de nuestras clases, á las dos principalmente que formando los polos opuestos de la esfera social, reflejan en las demás sus hábitos y sus costumbres. Y ya que nos hallamos en el centro fabril de España, permítaseme que empiece por la clase obrera, supuesto que aquí se la puede estudiar mejor.

Las costumbres favorecian antes de un modo extraordinario la vida de familia. La autoridad paterna acatada sin discusion y debidamente respetada por todos, facilitaba la paz exterior y acrecentaba la intimidad doméstica. La misma carrera, el mismo oficio

seguidos generalmente por los hijos, perpetuaban las tradiciones; y con el nombre de la casa se confundian el crédito y la honradez de algunas generaciones. Hasta los aprendices, pocos en número y en íntima relacion con sus amos, adquirian los mismos hábitos; aprendiendo á un tiempo con las reglas del arte, los principios religiosos y morales, ó como se decia entonces, la Doctrina Cristiana, base de las buenas costumbres con que volvian despues á la casa paterna. Si con algunas ligeras travesuras, que la edad y las circunstancias disculpaban, manifestaba el aprendiz su vivacidad, no llegaba sin embargo á saltar la valla, ni se abrian sus ojos á esas escenas de perversion física y moral que tan fácilmente en la infancia emponzoñan las fuentes de la vida.

Pero el desarrollo industrial moderno va efectuando una revolucion completa en las costumbres de las clases trabajadoras. Las pequeñas industrias disminuyen de dia en dia, y pronto desaparecerá la honrada clase de nuestros menestrales. La aplicacion del vapor á la fabricacion, y la produccion en grande escala, exigen un trabajo mas contínuo, y esa acumulacion extraordinaria de individuos, muchas veces sin distincion de sexos ni de edades, cuyo menor inconveniente es la respiracion de un aire viciado é insuficiente, de miasmas y de polvos mas ó menos nocivos á la salud; de una salud ya bastante precaria por el mal método y mala calidad de los alimentos, el abuso de bebidas alcohólicas, la intemperancia, el poco aseo, la imprevision y algunas veces el corto salario de los obreros, principalmente cuando se trata del trabajo femenil.

Pero no para todo aquí: al lado de estas y otras causas de degradacion física y corriendo parejas con ellas, se hallan las que producen la degradacion moral. Entregados los padres á un trabajo contínuo, descuidan completamente la vigilancia de los hijos. ¡Qué mucho, que estos sin mas escuela que la calle, se vayan criando, sin ninguna clase de cultura intelectual y sin ninguna clase de educacion moral! Y es una fortuna todavía, si las palabras licenciosas é impías, si los ejemplos de corrupcion, de cóleras inmotivadas, de intemperancia; y el desprecio de lo mas santo y venerable que el hombre conoce, no empiezan á destruir ya en el hogar doméstico, los gérmenes de virtud depositados en el corazon voluble de la infancia.

Luego que la mano del niño puede tirar de un hilo, ó mover un manubrio, pasa al taller ó á la fábrica, y sin tiempo ni voluntad para iluminar su espíritu, va creciendo en un embrutecimiento deplorable. Así entregadas al materialismo grosero y al ateismo práctico que corroe las entrañas de algunos grandes centros manufactureros, se van formando estas generaciones que no conocen mas Dios que la naturaleza, ni comprenden sino aquello que perciben sus sentidos, ó que reclaman sus apetitos materiales. La reunion de operarios muchas veces, como lo he dicho ya, sin distincion de sexos ni de edades, facilíta de un modo extraordinario la propagacion de los malos principios y el desarrollo en edad temprana de todo gérmen de corrupcion. ¿Qué le ha de suceder á la jóven rodeada de seducciones y fuera de la vigilancia del ojo maternal? Las reuniones ilícitas se multiplican; y bastándose los hijos á sí mismos, pronto se emancipan de la tutela

paternal, sin que la ancianidad, ni la miseria, ni la enfermedad de los que les han dado el ser encuentren alguna vez en ellos un apoyo. Asi se van entibiando los dulces afectos de la familia y acaban por extinguirse del todo.

En pocas palabras: el trabajador quebranta su cuerpo y empobrece su sangre por la precocidad y el exceso del trabajo y de los placeres; al mismo tiempo que embrutece su razon por falta de cultura intelectual, moral y religiosa. ¿Y será extraño que extinguidos así en su corazon los instintos generosos de amor y de respeto, veamos desarrollarse en su lugar el egoismo y el odio; y que la envidia de un bien que ve de lejos y del cual no puede participar, excluido como se cree del banquete de la vida, se sienta arrastrado á escenas de conmocion y de revuelta?

El cuadro de sus dolencias es harto triste. No solo la sífilis, el escorbuto, los herpes y demás afecciones humorales y cutáneas, los abortos, las tísis, sino tambien las demás enfermedades se ceban en la clase obrera de un modo extraordinario. Ahí está la lista necrológica que manifiesta cuán mortíferas son las enfermedades que arraigan en un suelo tan bien preparado, y que logran desarrollarse lejos de los cuidados maternales y del soplo benéfico de la vida de familia.

Al comparar tanta abyeccion física y moral no es extraño que el médico recuerde involuntariamente aquellas generaciones sanas y robustas desarrolladas al santo calor del hogar doméstico; y aquellas costumbres patriarcales y felices cuya descripcion, segun la marcha que seguimos, mirarán ya nuestros hijos co-

mo un ídilio engendrado en la apacible imaginacion de algun poeta.

Los lazos de familia no están desgraciadamente mas firmes en esferas mas elevadas. Bien es verdad que en las clases acomodadas no solo las tradiciones domésticas son mas fáciles de conservar, sino que la cultura dulcifica en ellas las costumbres; pero tambien es cierto que no siempre las doctrinas son las mas puras ni los ejemplos los mas edificantes. Por otra parte los grandes adelantos del siglo predisponen de un modo extraordinario á la vida exterior, y esto es siempre á costa de la vida íntima. La facilidad de viajar, disipando el apego que tenian nuestros padres á la tierra en que se habia mecido su cuna, tiende á sustituir los goces de la vida nómada de las fondas y de los *hotels* á los encantos del hogar. Nada prueba por otra parte mas esta tendencia que el gran número de casinos, de *clubs*, de teatros y aun de cafés que vemos abrirse cada dia aun en poblaciones secundarias. Si vamos á buscar distraccion y placeres en esos centros de sociedad es de seguro porque no tienen atractivo para nosotros las paredes domésticas. ¡Qué mucho que imagine en cada una de estas inauguraciones una estocada á la vida de familia!

Pero lo que menos la favorece en estas clases, y lo que mas ha contribuido á formar las costumbres actuales es la poca parte que concedemos al deber entre los elementos de nuestros actos, y la mucha que damos á la sed de placeres y de materiales emociones, es decir al sensualismo. Todo nuestro anhelo se dirige á hacer las cosas sin esfuerzo, sin considerar que excluir el esfuerzo es excluir la virtud; y á dejarnos

arrastrar por la pendiente de nuestro gusto. Es verdad que ha pasado de moda aquella doctrina extraña que fijaba el goce como base de la moral, sujetando á cifras y á cálculo los apetitos y su satisfaccion; pero con todo es cierto que, gracias á nuestra educacion, el sensualismo existe por do quiera, forma parte de nuestra atmósfera, el alma lo respira como el pulmon respira las emanaciones que se exhalan á nuestro alrededor.

Todo lo veréis subordinado á esta sed de gozar. Pare la mujer, y muchas veces sin motivo plausible, y solo para evitar la amable sujecion á que tendria que condenarse, abdica una de sus mas bellas prerogativas, negando el dulce néctar de sus pechos al hijo de sus entrañas. Las trabas que impone una educacion celosa quizás sea tambien la principal causa que obliga á relegar á algun colegio á los hijos, en la edad en que mas necesitan del cariño y de la dulce solicitud de los padres. Cuando esta separacion que va haciéndose tan de moda, no tuviese mas inconveniente que el acostumbrar á los hijos á pasarse demasiado pronto sin sus padres, bastaria ya para que la considerara muy poco á propósito para fomentar en unos y otros el espíritu de familia. Sin negar la utilidad de los buenos colegios, en ciertos y determinados casos no comprendo cómo los padres con tanta facilidad pueden desprenderse de los hijos. ¿Quién sino la madre podrá dirigir en sus primeros albores esas tiernas almas? ¿A quién cederá el gusto de absorber sus primeros afectos, y de embriagarse con los suavísimos perfumes que de ellas se exhalan? Hé aquí como gracias al sensualismo la vida de familia se ve atacada en su mismo orígen.

La literatura contemporánea termina la educacion sensual de nuestros jóvenes. En las novelas por ejemplo ¿qué se busca sobre todo sino esas emociones fuertes que procura excitar el autor aunque tenga que descender á las mas hediondas cloacas de la corrupcion del siglo?

Otro tanto pudiera decir del teatro. Se ha dicho y se repite cada dia, que el teatro es escuela de costumbres: no lo discutiré ahora; pero lo que puedo afirmar es que si el teatro es escuela de costumbres, no es siempre en el dia escuela de buenas costumbres.

De este sensualismo práctico nace el lujo excesivo, lujo que llega á ser una pasion principalmente en las señoras; y nace la vanidad y con ella nace tambien la tendencia á cambiar de condicion social tan fatal al espíritu de familia; y como el oro es en el mundo el instrumento del placer y del lujo, el alimento del sensualismo, de aqui la desenfrenada sed por este metal; sed, que aunque ha existido siempre *auri sacra fames*, nunca como ahora ha tomado un carácter de universalidad tan marcado, hasta poderse afirmar que la sed del oro forma uno de los rasgos mas característicos de nuestro siglo. Por esta pasion que como un vértigo ha trastornado hasta las cabezas mas bien organizadas, llega á mirarse con desden la propiedad estable y el trabajo seguro y fecundo, si es lento en producir la riqneza apetecida, y se corre con frenesí tras esas especulaciones azarosas, tras esos juegos arriesgados, que si improvisan algunas veces fortunas colosales, precipitan las mas desde la cumbre de la opulencia en un abismo de miseria. Esta misma pasion degradante bastardea á menudo el sacrosanto vínculo

que ha de unir para siempre á dos almas, pues en los enlaces matrimoniales, no son siempre las virtudes y el amor lo que determina la eleccion, sino que el cálculo, el solo interés material pesa mas en la balanza que todas las cualidades del corazon; y hé aquí la causa de la frecuencia de los matrimonios de conveniencia. ¿A qué pintar ahora los estragos de esta terrible pasion y su funesta influencia en el espíritu de familia? Cuando la realidad se presenta cada dia á nuestros ojos con colores tan sombríos, por demás está la pintura.

Así estos males como los demás que emanan de las costumbres actuales, se ven acrecentados desgraciadamente por la indiferencia religiosa, que empezó sus estragos por las clases elevadas. Mas es la jactancia y el orgullo que la falta de instruccion, aunque esta se resienta en el dia de liviana, lo que la produce; pero lo cierto es que la incredulidad deja sin dique alguno el ardor de las pasiones en una edad en que tan fácilmente se desbordan. Y si un vaiven de fortuna destruye los recursos de una familia ¿en dónde se encontrará la resignacion que solo una piedad bien cimentada es capaz de producir? No extrañeis pues el número de tísis, de afecciones del corazon, de vesanias, de enfermedades nerviosas y de enfermedades crónicas de todas clases que pululan en nuestros dias; no extrañeis ver la mejor sangre inficionada; no extrañeis tampoco que el suicidio, tan raro en otros tiempos, sea en los nuestros cosa tan frecuente.

Y en vista de estos males, vuelvo á preguntar ahora ¿cuál es la mision del médico en el dia? La mision del médico en el dia, lo repito, es la que ha sido siem-

pre: la de conservar la salud, la de conservar la vida. Veamos cómo logrará cumplirla.

Ahora que la fuerza de las cosas ha creado nuevas necesidades, el médico ha de indicar nuevos remedios. Si la industria, por ejemplo, en su vasto desarrollo, ha formado esta numerosa clase de operarios, cuyas condiciones higiénicas son harto desatendidas, es preciso que el médico manifieste al Gobierno que si quiere evitar la degradacion física y moral de tantos infelices, debe redoblar su celo para que no carezcan de aquello á que todo hombre tiene derecho. Que debe vigilar los talleres y fábricas, sujetando su construccion á las condiciones higiénicas necesarias; y que este cuidado ha de extenderse á facilitar á los trabajadores alojamientos salubres y medios fáciles de limpieza, abundancia y baratura de combustible y de alimentos y bebidas sanas; á dictar leyes que pongan coto á la avaricia particular, sujetando á prudentes condiciones el trabajo y la edad de los operarios, evitando sin embargo que estos á su vez se conviertan en tiranos de sus amos; á abrir jardines y paseos en los barrios habitados por los jornaleros, á fin de que estos encuentren con facilidad medios de esparcirse y respirar aires puros; á establecer salas de asilo y escuelas para los párvulos y adultos, en donde puedan adquirir unos y otros de dia ó de noche la debida instruccion; y á procurar que en caso de enfermedad y en la vejez no les falten los debidos cuidados, ya facilitándoles asistencia médica gratuita, ya fundando hospicios para los trabajadores inválidos, ya principalmente creando cajas de ahorros, y facilitando la formacion de Montes-pios ó asociaciones de socorros mutuos, á fin de que la im-

prevision ó el vicio no les suman en una miseria espantosa.

Pero sobre todo lo que ha de procurar el Gobierno y lo que hemos de procurar todos, acordándonos de que «no de solo pan vive el hombre,» es moralizar al pueblo. ¿Y cómo se podrá conseguir esto mejor que renovando el espíritu de familia, espíritu que á mi entender es el áncora de salvaciou de la sociedad actual?

Las tendencias de la época, y aun mas las ideas desorganizadoras esparcidas de algunos años á esta parte y los ataques dirigidos contra la familia, último baluarte del órden público, han conmovido de tal modo los cimientos en que la sociedad descansa, que un grito general de alarma se ha levantado á favor de los sacrosantos derechos de la familia indignamente ultrajados. ¿Deberá el médico guardar silencio en ocasion tan solemne? Nó: un puesto de honor está reservado tambien al médico en esta gran cruzada: en nombre de la salud y de la vida debe levantar tambieu la voz á favor de la familia. Deber es suyo, ya que tanta importancia se da en el dia al destino del hombre aquí bajo, manifestar que el cuarto precepto del decálogo «Honrarás á tu padre y á tu madre y vivirás largamente sobre la tierra» encierra todo un tratado de higiene; y que en la buena organizacion de la familia, que es el espíritu de este precepto, se encuentran todas las condiciones físicas y morales indispensables para la longevidad vinculada á la observancia del mismo mandamiento.

¿Y por qué no apoyará tambien el médico con toda su autoridad, en nombre de la salud y del bien estar de los pueblos, esas asociaciones piadosas, reunidas

bajo el estandarte de la caridad, nacidas ayer y que ya cubren la tierra toda, con harta mejora de las costumbres, con harto consuelo de la Iglesia, á cuya sombra, bien que seglares, se cobijan? ¿Por qué no presentará como base de la regeneracion de la familia y de la sociedad, esas asociaciones que poniendo en contacto todas las condiciones y las fortunas, así las que padecen hambre como las que padecen hartura, así las que nadan en la opulencia como las que gimen en la desgracia, las une á todas por un vínculo de amor, único que puede destruir antiguos rencores y desterrar del mundo esa inquietud vaga, aunque real y á veces tan funesta, que nos mantiene en una contíuua alarma? Porque efectivamente, señores, estas sociedades no solo ejercen su influjo benéfico sobre aquellos que son objeto de sus cuidados, sino que hacen el mismo bien, y mayor bien acaso, á aquellos que con un poco de abnegacion se consagran al ejercicio de los deberes que ellas imponen. ¿Quereis una prueba de ello? Ved esa señora elegante y de gran tono, superficial y ligera si se quiere, é incapaz por lo mismo de toda ocupacion formal. El menor esfuerzo le cansa, y aun le fastidia toda intimidad prolongada: personas mercenarias cuidan de las atenciones domésticas, y el tocador y las novelas son su ocupacion y su distraccion los ratos que no dedica á las exigencias del gran mundo. Su salud decae de dia en dia y las enfermedades nerviosas aumentan su mal estar y su fastidio. Pues bien, á esa señora, que supongo de buen corazon, hacedla subir á una de esas bohardillas, en que hay lágrimas que enjugar, y en que hallará miserias reales y positivas, que no van en zaga á las que

le habian pintado sus novelistas favoritos: veréis como compadecerá y amará luego á aquella desgraciada familia y querrá ser su angel tutelar. Dejadla que se entregue al nuevo instinto de su corazon, y observaréis como luego cambia completamente, como emplea mejor el tiempo, como se avergüenza de lo estéril de su existencia pasada, como encuentran en ella un nuevo fondo de cariño y de ternura su esposo y sus hijos, como sus amigos descubren en ella tambien cualidades que no habian sospechado siquiera, como mejora su salud, como es mas afable, mas bondadosa con sus criados y con todo el mundo; en una palabra: antes en medio del fausto era desgraciada y ahora es feliz y ha encontrado un nuevo manantial de puros goces. ¿Por qué ha sucedido todo esto? porque si bien ha prodigado consuelos, ha recibido en cambio bendiciones del pobre que la han recompensado con usura.

No se crea que esta pintura, que antes que yo han presentado otros, sea arbitraria: este ejemplo, se repite cada dia; y si el tiempo y el lugar lo permitieran, os daria á conocer escenas que harian estremecer, no lo dudo, de emocion vuestros corazones. ¡Sublime transformacion debida á la caridad de que la sociedad ha de reportar ópimos frutos!

El tiempo y el lugar no me permiten tampoco entrar en pormenores sobre esas sociedades. Si así no fuese, os daria á conocer los medios de que se valen para procurar, no solo el bien estar material de los pueblos, sino tambien su mejora moral: veriais que para cada pena hay un consuelo, para cada miseria un alivio y para cada llaga un bálsamo.

El niño abandonado ó desatendido, halla un asilo

en las *Cunas*, al paso que en edad mas avanzada, es educado é instruido por otras obras especiales como la del *Patronato de los obreros*, de las *Escuelas*, de *San Francisco Javier*, y de las *Santas Familias*. La legitimacion de los matrimonios y de los hijos, y la extirpacion del concubinato, es el objeto predilecto de la sociedad de *San Francisco Regis*. Esta sociedad fundada en 1824, y extendida lentamente en sus primeros años habia contribuido en 1855 á la celebracion de mas de 50,000 matrimonios y á la legitimacion de mas de 30,000 hijos. ¿Qué puedo yo añadir cuando este dato estadístico habla tan alto en su elogio, y hace resaltar tan vivamente el bien moral y aun social que encierra esta obra? La miseria, la ancianidad, la enfermedad, todos los infortunios en fin, hallarán alivio en la sociedad de la *Caridad cristiana*, en la de *San Vicente de Paul*, en las obras de los *Enfermos*, del *Trabajo*, de las *Bibliotecas*, de las *Cocinas económicas*, de las *Cajas de alquileres* etc. etc.

Los atletas de la caridad han comprendido que no basta amar estérilmente á sus semejantes, sino que es necesario demostrárselo con las obras; y que si se pretende moralizar al hombre, levantarle de su abyeccion, engrandecerle á sus mismos ojos ó impulsarlo á la virtud; no se consigue esto enseñándole teorias sino dándole ejemplos prácticos. El tiempo dirá si han acertado.

No entra en mi plan el trazar aquí un sistema completo de educacion, y sin embargo algo diria sobre ella, porque si bien considero que la buena educacion es negocio interesante y en que debe ocuparse activamente la Medicina en toda época, su importancia sube to-

davia de punto en la presente. Algo diria tambien de otro deber del médico: del uso que puede hacer en la curacion de las enfermedades, de los nuevos medios de accion, que los adelantos hechos han puesto en sus manos; y si bien es verdad que en esta parte deberia insistir muy poco porque el estudio y la aplicacion del cuerpo médico generalmente reconocidos y apreciados no necesitan estímulos; sin embargo, estos dos asuntos, por muy superficialmente que los tocara me conducirian muy lejos, cuando es preciso ya concluir.

Bien se ve sin embargo que no concluyo por falta de materia, sino porque considero que lo que acabo de exponer, aunque con la brevedad que exige la índole de un discurso como el presente, basta ya para dar á conocer cuál es la mision del médico en el dia.

Esta mision, lo habeis visto, es magnífica. Grandes acontecimientos han tenido lugar en estos últimos años y otros se preparan tal vez mayores para el porvenir. ¿Como podia efectuarse todo esto sin grandes trastornos? Así es que la sociedad, á pesar de los adelantos incontestables que observamos, se halla gravemente enferma y nosotros podemos contribuir eficazmente á su alivio. Remedios morales tanto como remedios materiales necesitan estas dolencias: unos y otros son del dominio de la Medicina, porque de unos y otros depende la conservacion y la prolongacion de la vida. Tal vez se habrá notado que he procurado realzar de un modo especial el valor de los remedios morales. No lo negaré: y lo he hecho asi porque creo que nunca se llamará demasiado la atencion hácia ellos en el dia. Algo olvidado está, por desgracia, que la base de la perfeccion

física es la perfeccion moral, y que por lo mismo, el hombre prolongará mas sus dias y vivirá mas sano y mas feliz si logramos hacerle mejor.

He dicho.